

España: del europeísmo naif a la amenaza euroescéptica

Nunca ha habido en nuestro país fuerzas o discursos eurófobos, pero la austeridad, el 'caso Puigdemont' o la pasividad ante otras crisis pueden incubarlos. La falta de debate, críticas y conocimiento sobre la UE han tejido un sentimiento europeísta amplio pero débil que puede quebrarse ante un 'shock' potente



Banderas de España y de la Unión Europea.REUTERS

- [PABLO R. SUANZES](#)

Corresponsal

[@Suanzes](#)

Bruselas

Actualizado Sábado, 22 febrero 2020 - **22:38**

- [Compartir en Facebook](#)
- [Compartir en Twitter](#)
- [Enviar por email](#)

Comentar

- **Gran Angular.** [75 años de la liberación de Auschwitz: la memoria del Holocausto que no puede perder Europa](#)
- **Gran Angular.** [Europa y el otoño del desconcierto](#)
- **Gran Angular.** [La guerra fría entre China, EEUU y la UE por el 5G, la llave del siglo XXI](#)

Durante décadas, España ha vivido acomplejada. Mirando al norte con envidia, esperanza y alivio. Creyéndose al pie de la letra la máxima de Ortega de que **éramos el problema y Europa la solución**. Que "la regeneración era el deseo y la europeización el medio de satisfacerlo", el único posible. La adhesión a las Comunidades en 1986 cambió la relación con los vecinos, expandió la economía, sacudió el país entero, pero no diluyó esa sensación, esa filosofía, que sigue grabada en nuestro ADN. Al revés. Casi 40 años después, seguimos mirando hacia fuera cada día en busca de legitimidad, de confort.

Tenemos un europeísmo claro, comprometido y genuino, pero tan indiscutible como indiscutido. Es ingenuo, inocente y hasta "beato", como le gusta decir a [Josep Borrell](#). Y eso es un problema. Cada parte "espera demasiado y de manera muy diferente del proceso de integración, y existe el riesgo de que una frustración casi segura pueda alimentar el descontento y un brote euroescéptico en el medio plazo", avisa Ignacio Molina, el investigador del Real Instituto Elcano.

[Fernando Morán](#), el ex ministro de Exteriores fallecido esta semana, escribía en los 80 que "la idea europea alcanza entre nosotros carácter de mito salvador". **Se idealiza una Europa que no existe, siempre mejor**, donde todo funciona y que regularmente nos tiene que llamar al orden o enmendar la plana. España se fustiga sufriendo algo parecido al 'síndrome del impostor', cuestionando sus habilidades, sus méritos y sus preferencias. Por eso se aferra al consenso, temerosa de levantar la voz, de llamar la atención con quejas o exigencias, de enfadar a los grandes provocando que alguien acabe dándose cuenta de que en realidad no merecemos estar ahí.

Europa ha sido la solución a muchos problemas, pero no a todos. **Es también fuente de crisis, de decepciones, de fracasos, y no hay nada malo en reconocerlo**, explicarlo y contextualizarlo. La idealización es peligrosa compañera de camino. Los españoles se sienten cómodos en la UE, creen que ha hecho mucho bien, pero no saben exactamente cómo ni por qué. La asocian a décadas de crecimiento económico, a la expansión de derechos y de libertades, lo que es cierto y lógico, pero no acaban de comprender sus instituciones, su representación, sus fundamentos. Asumen que es algo positivo, pero no podrían razonarlo en

detalle. Siguen viendo la Unión en términos simples, distantes. La UE como fuente de Fondos de Cohesión, ayuda a la agricultura, pagadores de obras públicas. Pero esperan muchísimo de ella, como que solucione todo lo que a nivel doméstico falla. Una exigencia imposible de satisfacer. Por eso, cada vez que llega un 'traspies' serio, en forma de ajustes económicos dolorosos, sentencias del Tribunal de Justicia, un rechazo a la extradición de un reclamado o la pasividad total en una crisis concreta (como el [viaje de Delcy Rodríguez a Barajas](#) o los flujos de [refugiados](#) o el terrorismo), se producen shocks y sobrerreacciones.

En nuestro país no hay antieuropeísmo pero no hay ninguna razón para pensar que no vaya a haberlo. *Spain is not different*. En la Gran Recesión, con salvajes datos de desempleo, del sufrimiento de tantas familias, no surgieron partidos de extrema derecha, mientras que entre nuestros vecinos se multiplicaban. Por eso muchos pensaron que éramos especiales. Que, tras cuatro décadas de dictadura el país estaba 'inoculado'. No es así. La cuestión migratoria, identitaria, nacionalista, ha sido en el último lustro la principal en el debate político y para formar o tumbar gobiernos en Francia, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Alemania, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia o Italia, por citar algunos. Que no haya prendido, como tampoco lo ha hecho un movimiento antieuropeo, anti euro, euroescéptico o eurófobo influyente es una anomalía, no un estado permanente ni una garantía.

'SPEXIT': PRIMER AVISO

Dos de cada tres españoles sienten apego hacia la UE. Tres de cada cuatro consideran que la adhesión fue positiva y cuatro de cada cinco se consideran europeos, según los eurobarómetros. No hay fuerzas euróforas todavía en el arco parlamentario. No hay artículos en los periódicos o tertulianos que pidan salir del euro, y eso es otra anomalía. Y aun así, en los últimos meses se vio un conato de rebelión con el "Spexit", un espasmo tras la sentencia del TJUE que llevó a ocupar escaños en el Parlamento Europeo a [Carles Puigdemont](#) y Toni Comín. Fue una reacción, pero también un globo sonda para ver qué caldo de cultivo hay para un discurso que flirtee con la salida de la UE. Fue minoritario, concentrado en redes sociales, pero un primer aviso que podría reforzarse. Ante otro caso similar, una nueva recesión, o cuando disminuyan los Fondos de Cohesión o el presupuesto para la PAC. Si Europa ha sido principalmente una fuente de dinero **y los euros dejan de llegar, ¿qué es Europa entonces?**

"Vamos a ver si el Spexit fue una cosa de un día, un espejismo, o hay inversión, por ejemplo por parte de [Vox](#). El primer actor que empiece a articular que Europa es también un tema político transversal tendrá bastante ganado. **Los temas europeos no se enseñan en las escuelas**, no se aprenden en los medios, pero se entienden cuando llega el juego político, y el primero que lo meta tiene muchas posibilidades de llevarse el premio", explica Luis Bouza, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y del Colegio de Europa. Bouza recuerda que durante mucho tiempo, los únicos en politizar la UE en el continente han sido las fuerzas escépticas o euróforas. "Para entender por qué es buena la Unión, qué hace, qué funciona, qué aporta, primero hay que especificar los términos del debate. Macron lo ha hecho. En España seguimos pensando en la PAC, en una Europa bastante lejana que se ocupa de los problemas técnicos, y eso se presta a una politización problemática. Esa idea de club de países que se ayudan con problemas políticos importantes hay que ponerla en valor", añade el profesor.

"La base aún fuerte del europeísmo en España puede ser más débil de lo que se pensaba. Aquí es relevante el ejemplo de Italia, con un patrón de desencanto creciente a pesar de que

su sentimiento pro-UE solía ser similar al español. **Es más saludable superar una ingenua eurofilia y tener menos expectativas** en la UE como la solución a todos los problemas internos", insta Ignacio Molina, del Real Instituto Elcano.

A pesar de que cada partido político ve la UE de una forma diferente y le gustaría que siguieran caminos distintos, **el europeo ha sido prácticamente el único consenso real y duradero en un sistema con enormes fracturas ideológicas y territoriales**. Ha servido de inspiración y aspiración, pero eso mismo ha hecho que muchos consideraran innecesario reforzar el conocimiento, llevar la construcción europea y sus debates al terreno local. Damos por hecho a la UE, pero sin aproximarla. Con buena voluntad, pero sin una estrategia, sin intercambio. Y sin argumentos de peso, sin una base sólida y sin convertirlo en algo realmente propio y no ajeno, somos muy vulnerables a imprevistos. Se vio en la crisis económica, cuando millones de personas se preguntaban qué había sido de la Unión que les habían prometido o que habían soñado durante lustros, la que en teoría ayudaba y servía para mejor, pero que ahora -les decían los políticos-, imponía ajustes draconianos.

"El europeísmo constituyó el ámbito de coincidencia entre fuerzas de izquierda y derecha; entre exilio y oposición interior; una base de reclutamiento para la oposición y para sectores que no llegan a integrarse en ella, pero que cooperan en la crítica del franquismo; **un medio para curar la sensación de aislamiento y frustración internacionales del español**; y una instancia mediante la que se crean vinculaciones, amistades y comprensiones entre lo que será la clase política constituyente", explicaba hace varias décadas el ex ministro Morán en una reflexión aún válida. "Europa no es una negación solamente: es un principio de agresión metódica al achabacanamiento nacional", decía Ortega y Gasset.

LA INEXISTENCIA DE UN DEBATE EUROPEO

La ausencia de un debate profundo, maduro y crítico sobre la UE, la construcción, las instituciones, las ambiciones, es sangrante y no inocua. En los países de nuestro entorno, grandes y pequeños, la discusión existe. A veces en términos razonables y otras muchas no, pero los ciudadanos conocen posturas y argumentos que los españoles no han escuchado nunca. Los que están en contra, con la UE como chivo expiatorio, pero también los que están a favor, más allá de **la paz o la prosperidad**. Que son los elementos esenciales, la *raison d'être* de la Unión, pero **insuficientes por sí mismos para satisfacer a generaciones que no pueden concebir la idea de guerra** o muros internos. "Nuestro gobierno ya no se puede apuntar a un consenso que no existe en muchos asuntos importantes. Debe presentar iniciativas que conformen la agenda del futuro de la UE, explicar cuáles los intereses españoles y su visión de qué Europa queremos en las instituciones de Bruselas y dentro del país", apunta José M. de Areilza, Profesor de ESADE y experto en Derecho europeo. Porque si no haces Europa, te la acaban haciendo.

Ha sido típico meter en un mismo saco a todos los que tienen opiniones que se alejan de la convención, equiparando a partidos o voces extremistas o nihilistas, que abogan por la destrucción de la UE, con quienes están cómodos en ella pero aspiran simplemente a menos integración o añoran los tiempos del mercado único y poco más. **Se da por hecho que la única vía aceptable es una Unión cada vez más fuerte, marginando y despreciando posiciones escépticas** sobre el ritmo o el destino. Un discurso que genera descontentos y que empuja a quienes están hoy más alejados del sentir mayoritario todavía más hacia el extremo. Hasta ahora han sido pocos, o no han estado organizados, pero su discurso, que tiene eco y altavoz en la Eurocámara, empieza a coger forma y fondo.

"Aunque se ha recuperado bastante, **el europeísmo en España no ha vuelto a los niveles precrisis** y algunos de sus pilares han podido decaer", avisa Ignacio Jurado, profesor de la Universidad Carlos III de Madrid. Hubo una primera ola con la recesión y una segunda con las medidas de ajuste de [Zapatero](#) en 2010. El deterioro hizo que los niveles de afecto por la UE cayeran por debajo de la media europea, tocando fondo entre 2013 y 2014. "La experiencia que tenemos de otros países es que **el antieuropeísmo no tiene por qué ser evidente hasta que se politiza por los partidos**. En el momento que los partidos deciden competir en esa dimensión, las posiciones de la opinión pública se pueden polarizar. No creo que España sea inmune a esto", dice Jurado.

Sus estudios indican que la politización no es el escenario más probable, pero si un partido decide competir en ello, podría darse ese escalamiento. "En España, el nacionalismo se ha construido hacia dentro, frente al nacionalismo periférico, y eso ha bastado. En el momento que varios partidos compiten por el mismo electorado, uno podría buscar posiciones diferentes en el eje europeo/antieuropeo añadiendo esta otra capa", destaca Jurado.

"No somos eurobeatos, somos euroconvencidos", dijo esta semana la ministra Arancha González Laya en la Comisión de Exteriores del Congreso. "España debe y puede hacer mucho", añadió. Ya en 2014, José Ignacio Torreblanca, profesor de la UNED, avisaba en su libro 'Quién gobierna en Europa' de que el impacto de la crisis económica tenía que ayudar, o forzar, a España a superar **una relación con Europa "agotada, y en gran parte enfermiza"**, y sentar las bases de una nueva. "En el pasado, los españoles han sido europeístas acrílicos, aceptando naturalmente todo lo que venía de Europa y renunciando a examinarlo con detalle. Este **europeísmo acrílico** también ha tenido un impacto muy negativo hacia adentro, pues los españoles, confiados en que Europa iría reemplazando poco a poco al Estado, han desatendido la construcción y mantenimiento de sus propias instituciones nacionales. De esa manera, los más fervientes europeístas han sustituido lo que debería ser un círculo virtuoso en el que ambas esferas, la nacional y la europea, se reforzaran mutuamente, por un círculo vicioso en la que se debilitan". Seis años después, la advertencia es más actual que nunca. Y el riesgo, mucho mayor.